

Los últimos años del adelantado

Escribe: **LUIS GALVIS MADERO**

Mucho se ha escrito del fundador de Bogotá. Abundan relatos en forma novelada llamados biografías, de los cuales han publicado los periódicos en estos días algunos capítulos para solaz de sus lectores. Los cronistas de su época, así como algunos de este tiempo no dicen toda la verdad, en parte por error de las fuentes donde bebieron, en parte por falta de documentación adecuada para ello. Por esta causa, para decir algo del Adelantado en sus postreros años se tropieza con esta obscuridad de información. Para mayor seguridad puede afirmarse que era un español nacido en Andalucía, de padres cordobeses llamados Isabel de Quesada y Gonzalo Jiménez de profesión abogado, educado en la Universidad de Salamanca. Que de ese matrimonio hubo varios hijos de los cuales uno se llamó como su padre, frecuentó la misma universidad, se hizo abogado litigante, y andando el tiempo llegó a Santa Marta con la célebre expedición del Adelantado don Pedro Fernández de Lugo.

Una vez en aquella ciudad, recién fundada, Jiménez, entonces licenciado, recibió del gobernador Lugo como su teniente general el mandato de ir a descubrir los nacimientos del río Magdalena. Frisaba los 37 o 40 años de su edad. Era hombre de maneras distinguidas, robusto de cuerpo, de estatura regular, de claros ojos apacibles y hábil en el manejo de las armas.

Para cumplir su encargo salió de Santa Marta el 6 de abril de 1536 con más de mil hombres. Pero al llegar a la Tora, Barranabermeja, periclitó la expedición por la soledad de aquellas tierras y la resistencia de sus soldados agotados por las penalidades y fatiga. Si hubiese seguido río arriba, como se le había ordenado, tal vez habría dado con la revelación de las señales de

una lejana y portentosa civilización, delatada por los monumentos pétreos de San Agustín. Mas debido a los impedimentos anotados cambió de ruta, en particular por unas mantas multicolores de tejido fino con unos panes de sal abandonados por los indios que halló en los interiores de un bohío. Tras este señuelo se internó por las tierras de los chibchas donde descubrió la tercera civilización del continente, con el oro y esmeraldas codiciados.

Mas como esta conferencia se concreta al final de sus gloriosos días, pueden éstos prolongarse hasta el momento actual en que la ciudad por él fundada, purifica su estatua de la pátina del tiempo para rendirle, con discurso académico y solemne funeral, el póstumo homenaje en el cuarto centenario de su muerte.

Por aquel tiempo, posterior al año de 1574 es descubridor del Nuevo Reino, fundador de Santa Fe, su regidor perpetuo, el más antiguo escritor de la Colonia y amigo del buen gobierno. Ha obtenido por sus servicios el título de Mariscal con su consiguiente recompensa monetaria, o en indios encomendados, pero ha fracasado en la jornada del Dorado o buscando un indio que se baña empolvado con oro fino. La dignidad de Adelantado viene después. Su carrera política y militar se encuentra concluída. Posee una biblioteca o si se quiere librería que deja a los padres dominicanos de la ciudad de Santa Fe. Es autor de varias obras que no han visto la luz pública, ni han sido impresas en sus días, como son: "El Compendio Historial de la Conquista", "Los ratos de Suesca", "La Memoria de los Descubridores y Conquistadores", "Relación del Adelantado D. Gonzalo Jiménez de Quesada", "Costumbres de los Indios", "Epítome de la Conquista del Nuevo Reino de Granada", "Apuntamientos y Noticias sobre la Historia de Paulo Jovio", "Las diferencias de la guerra de los dos Mundos", "Colección de Sermones". De todas estas producciones, algunas han sido traídas y llevadas por los cronistas. Muchas de ellas se han perdido.

Por su orden se han fundado ciudades como Tunja y Vélez. Ya no puede blandir con esforzado brazo la espada conquistadora. Por el año de 1576 ha dado a conocer a la Real Audiencia sus últimos escritos jurídicos, concisos y ordenados. Se acabaron las empresas peligrosas, pero sus negocios y dolencias lo han tornado trashumante. Le aqueja el asma desde hace varios años. Por esto viaja de Chita a Santa Fe, de Santa Fe a Tocaima a bañarse, a veces, en las aguas medicinales de la cuesta de Limba;

en otras ocasiones a Guataquí o a Mariquita donde le llaman sus negocios.

Ha dejado su encomienda de Chita en la cual debió vivir algunos años. El 7 de mayo de 1578 escribe a su administrador averiguando por el estado de la iglesia cuya construcción se adelanta a sus expensas. Debe ser una iglesia muy airosa con su blanco campanario donde toquen tres campanas, con su sacristía de tamaño conveniente, con dos ventanas que difundan claridad sobre el altar mayor de la capilla. Para septiembre desea ver la iglesia acabada si para entonces hay salud. Este anhelo y su preocupación por el asma los expresa diez meses antes de su muerte. Las tierras de Limba, cerca de Tocaima, son ardorosas y sedientas, por lo cual deja en su testamento, según afirmación de Ocariz, la renta necesaria para el sostenimiento de una tinaja de agua fresca destinada a extinguir la sed del caminante.

Pero el asma le ha seguido atormentando. Posiblemente la adquirió luego de su frustrada expedición a las tierras del Dorado, avanzado ya el año de 1574, porque nada dicen los papeles de Fray Antonio Medrano, cronista de la época, quien iba en compañía del conquistador y murió en aquella jornada. Nada dice acerca de la salud del Adelantado Fray Pedro de Aguado que recogió los documentos de Medrano y procura en su "Recopilación Historial", como él mismo lo dice, relatar las cosas que ha visto con sus ojos y tocado con sus manos.

La más grave de sus dolencias, de la cual se queja unos meses antes de su muerte es el asma, la única debidamente comprobada, ya por haberla expuesto como impedimento para contraer matrimonio, pidiéndole al rey por esta causa el privilegio para testar en favor de sus colaterales; ya porque a ella se refiere únicamente en sus cartas del 78, preocupándole la circunstancia de no poder obtener con su permanencia en las tierras calientes mejora transitoria.

Enrique Otero D'Costa en su "Jiménez de Quesada", que no es una biografía, sino más bien un precioso documental, refiriéndose a la última enfermedad del conquistador, señala el asma como causa de su muerte, con pruebas obtenidas en el Archivo, además del Registro Secreto de la Audiencia donde se relacionaban los méritos y servicios de cada cual. Pero ese estado morbos, en el que periódicamente aparece una dificultad respiratoria se agudiza y se agrava con la edad, como pudo ocurrir con el Ade-

lantado, quien según Fray Pedro Simón que comienza a escribir veintiocho años más tarde, era hombre bien complexionado, grave, cortesano que llegó a vivir más de ochenta años. Mas, esto de su edad, no es posible fijarlo con exactitud, por falta de documentos fidedignos para establecer sin lugar a duda la fecha de su nacimiento.

Sin embargo, no obstante sus quebrantos de salud conserva el ánimo resuelto para emprender nuevas aventuras, y si no puede acometerlas en persona, nombra en su lugar a otros de acuerdo con sus facultades, como sus lugartenientes en su gobernación de Pauto y Papamene para que salgan a poblar y conquistar. Así, designa al capitán Pedro Sánchez Moyano para nuevas adquisiciones el año de 1577. En diciembre de 1578 capitula con Alonso de Olaya, uno de los conquistadores y pobladores del Nuevo Reino, para reunir gente dedicada a nuevos descubrimientos dentro del año de 1579. Estos hallazgos y conquistas debían durar por el término de cinco años. Otras capitulaciones hace como las anteriores, que deben presentarse entonces a la Real Audiencia para su confirmación, previa consulta a su majestad el rey de España. Pero el resultado del examen se demora. Según Pedro Simón antes de conocerse la opinión real, falleció el Adelantado a la mitad de aquel año. Arroja esta afirmación una duda acerca de la fecha verdadera de su muerte, mas Zamora sostiene que ella ocurrió el 16 de febrero de 1579 en la ciudad de Mariquita, día confirmado con las acotaciones de Andrés Mesanza.

Sorprendióse de pronto la colonia con la noticia de su muerte. No se sabe quién le cerró los ojos, ni quién lo acompañó en sus últimos momentos. Los cronistas tan sólo dicen que el mismo día de su muerte otorgó testamento ante el escribano Andrés Sánchez, ordenando que sobre su tumba se pusiesen tres palabras nada más. Este epitafio breve, elegante, lapidario, notable por su sentido de esperanza mística, viene acompañando sus restos a través de sus peregrinaciones en la tierra, particularmente en la ciudad por él fundada que sobrepasa ahora los tres millones de habitantes.

Sepultado en 1579 en el templo frontero a su casa estuvo allí hasta el año de 1592 según algunos, y según otros hasta 1597 en que su albacea don Lope Clavijo lo hizo trasladar a la iglesia catedral de Santa Fe, donde se colocaron entonces sus despojos,

removidos luego al reconstruirse la iglesia en 1809 a 1828 para encerrarlos más tarde en la bóveda del nuevo presbiterio.

A causa de sucesivas excavaciones pasaron al panteón del templo, hasta que el alcalde de la ciudad los reclamó para guardarlos en el mausoleo construído, para este fin, en la plazuela formada por las portadas del cementerio católico. Sentóse un acta de todo lo ocurrido. En el salón de sesiones del concejo municipal, médicos y testigos abrieron la urna funeraria e hicieron un inventario de aquellas reliquias, pero esa relación desapareció, probablemente al comenzar el año de 1900, entre las llamas del incendio que acabó con el costado occidental de la plaza de Bolívar, donde funcionaba la administración municipal.

Y luego en 1938, cuando Bogotá celebraba el cuarto centenario de su fundación, coroneles del ejército de la república, vestidos de gala, seguidos de numerosa y selecta concurrencia, sacaron en hombros sus restos mortales del silencioso camposanto, para llevarlos de nuevo a la basílica, por las calles con pompa inusitada. Al llegar a la puerta principal salieron los padres dominicanos, hermanos de religión de Fray Domingo de las Casas, manifestando que a ellos correspondía el honor de conducirlos, y tomando el cofre que los guardaba, posaron con ellos en la capilla de Santa Isabel.

Allí se encuentran todavía, bajo la estatua yacente trabajada en bloque marmóreo por el artista colombiano Luis Alberto Acuña. Luce la indumentaria del siglo XVI: zapatos con hebillas, medias calzas, calzones o gregüescos que cubren las caderas y la mitad del muslo; sobre el jubón media armadura defiende el tórax, los hombros y los brazos. La mano derecha descansa sobre el pecho, mientras la izquierda con sus largos dedos, parece retener, con inseguro esfuerzo, la vaina que guarda su espada victoriosa. La crecida barba enmarca un rostro de noble continente. Tiene el bigote luengo, el cabello recortado, la frente amplia, ligeramente aquilina la nariz, los ojos cerrados, los labios entreabiertos y suavemente inclinada la cabeza sobre el lado izquierdo de la mullida almohada. Al pie del basamento se encuentra el epitafio de las tres palabras que en su memoria testamentaria ordenó escribir sobre su tumba:

¡Expecto Resurrectionem Mortuorum!

En ese lugar tal vez transitorio, sus restos mortales esperan que se haga el milagro.